

170 años de Infancia Misionera

«LA NIÑA DE SUS OJOS»



Bajo el lema “Los niños ayudan a los niños”, durante ya 170 años millones de niños y niñas de toda la Tierra han puesto su granito de arena en favor de la construcción de un mundo mejor.

En 1843 se inicia en Francia lo que será la primera institución mundial creada en favor de la infancia necesitada. El obispo de Nancy, Mons. Carlos-Augusto Forbin-Janson, impresionado por las cartas y noticias de misioneros que le escribían, sobre todo desde China, siente la necesidad de dar respuesta a los gritos de auxilio que desde tan lejos lanzaban tantos y tantos niños, y sobre todo niñas, necesitados. He aquí una de las cartas recibidas: *“Me encuentro rodeado, aún sin saber cómo, de una decena de niños, unos de pecho, otros de dos, tres, cuatro años de edad; cubiertos unos de sarna, otros llenos de granos. Los pobrecitos no saben más que comer y llorar. Es necesario buscarles comida, y pagarla; pero, entre tanto, para que no se mueran de hambre, me veo obligado a hacerles yo mismo un plato de harina y azúcar; luego tengo que vestirlos, curarlos, lavarlos, abrigarlos; en fin, hacer con ellos de madre... Dios me da fuerzas para sostener tantos niños, pero si no soy socorrido con alguna limosna, moriré con ellos”.*

Esta gravísima situación constituyó la circunstancia concreta que justificaba la necesidad de un trabajo en beneficio de los niños en países de misión. Paulina Jaricot, que unos años antes había fundado una obra para ayudar a los misioneros (Propagación de la Fe), alentó a Monseñor para que creara una Obra especial, de la cual ella quiso ser primer miembro; y se interesó en lo original del proyecto de Mons. Forbin Janson: ayudar a los niños a través de los niños. Paulina definió la “Santa Infancia” como la Obra de la Propagación de la Fe de los niños.

El fundador falleció el 11 de julio de 1844, y la respuesta a su llamamiento fue sorprendente. En unos pocos años, esta Obra se propagó no solo en Francia, sino en Europa y luego en América del Norte, para llegar más adelante a América Latina y Asia. Su implantación en África ha sido más lenta.

Así fueron los orígenes y los primeros pasos de esta Obra misionera, hasta que el papa Pío XI, el día 3 de mayo de 1922, la constituyó como Obra Misional Pontificia con autonomía propia y dependiente de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos (entonces, “de Propaganda Fide”). Más tarde, el 4 de diciembre del año 1950, Pío XII instituye la Jornada Mundial de la Infancia Misionera: *“No ignoráis, venerables hermanos, que recientemente aún hemos instituido una fiesta, que de modo especial han de celebrar los niños, para promover con oraciones y limosnas la Obra de la Santa Infancia. Así se acos-*

Secretariado de Infancia Misionera



tumbrarán estos hijitos nuestros a rogar insistentemente a Dios por la salvación de los infieles; y tal vez brotará y se desarrollará en sus almas, envueltas aún en el aroma de la inocencia, la vocación misionera” (EP 67).

Infancia Misionera en España

En 1852, poco antes de cumplirse los diez años de su fundación en París, la entonces llamada Obra de la Santa Infancia llegó a España, a instancias de Mons. Bonel y Orbe, cardenal arzobispo de Toledo, y bajo el patrocinio de la reina Isabel II. Ella quiso que su hija primogénita, la Princesa de Asturias, ostentase los títulos de “primera asociada, fundadora y protectora de la Obra”. El 21 de diciembre de 1852, la Reina Isabel II firma el Real Título con el que se aprueba en España el establecimiento de la Obra de la Santa Infancia, así como las Constituciones por las cuales se ha de regir esta asociación. Las obligaciones de aquellos primeros asociados eran: “*dar una pequeña limosna de 5 céntimos al mes, que componen la cantidad anual de dos reales escasos, y rezar cada día una corta oración por sí o por sus madres o personas a cuyo cargo estén en los años de su infancia*”. Con respecto a los fondos que se reúnen, la Obra hace su distribución “*a los misioneros, sin distinción de naciones, para que lo inviertan en los objetos propios de su instituto*”.

Es posible afirmar que, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días, y gracias a la actividad de educadores con alma misionera, millones de niños han sido sensibilizados y se han comprometido en este movimiento de solidaridad espiritual y humana a la vez, para que se reconozca a otros niños la dignidad de personas y la vocación de hijos de Dios.

La Obra Pontificia de la Infancia Misionera es la niña de los ojos de la Iglesia, donde ve reflejado su futuro, donde comienza a gestarse un mañana que se prepara hoy. Ningún lugar mejor para educarse y asumir desde la fe los valores del Evangelio que esta Obra, en la que los pequeños aprenden a acudir en auxilio de los niños más pobres de toda la Tierra y a ofrecerles la riqueza de una amistad que nunca les va a fallar: la de Jesús. Esta es la razón por la que Juan Pablo II, al referirse a los niños de Infancia Misionera, les llama “*los pequeños grandes colaboradores de la Iglesia y del Papa*”.

Un futuro esperanzador

La Iglesia nos recuerda, con ocasión del 170 aniversario de Infancia Misionera, la necesidad de contar con los niños y jóvenes de nuestras familias y comunidades a la hora de plantear con decisión y esperanza la tarea evangelizadora. El sueño del obispo Forbin-Janson se hizo realidad, y la semilla que plantó da mucho fruto.

Tal vez sea este el momento más oportuno para dar un fuerte, decidido e ilusionado impulso a esta Obra Misional en nuestra España de hoy. Allá donde haya niños con un corazón generoso y despierto, conocedores de la situación de extrema necesidad en la que se encuentran millones de niños del mundo entero, puede surgir un grupo de Infancia Misionera. No solo apoyando una campaña en enero, sino trabajando todo el año, aprendiendo, reflexionando, rezando, jugando y ayudando a sus compañeros: los niños del mundo.

Probablemente sean los niños los más capacitados para empeñarse en la misión de la Iglesia. Ya lo dijo el mismo Jesús: “*En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*” (Mt 18, 3).